

Hasta cerrar los ojos

Todo está oscuro. Escucho cómo el tranquilo sonido del monitor cardíaco pierde su fuerza y mis latidos son cada vez más lentos, más calmados y tristes. Recuerdo el sonido del mar con cada pulso apagado que intenta dar mi corazón. Cierro mis ojos y empiezo a sentir esa brisa tan dulce que me acompañó durante toda mi infancia. Esa tranquilidad tan inefable que traían las olas del mar al chocar con la arena que cubría mis pies, mis pies descalzos que sentían el refrescante frío del agua. Recuerdo los pequeños caracolutos que salían a saludar cada vez que el mar tocaba la orilla y la sonrisa que iluminaba mi rostro cuando en mi mano los ponía a jugar. Trepaban por mis dedos llenos de arena, recién bañados por lo que quedaba de la ola y su piel babosa dejaba un trazo que se marcaba en mi piel. Recuerdo el hermoso color del cielo, un cielo mutante, que, en cuestión de segundos, teñía su tez con todo un espectro de colores. Colores que se filtraban por mis pequeños e inocentes ojos, los ojos de una niña que experimentó por primera vez lo que se siente estar viva. Una niña que corría hasta ya no poder pisar el fondo del mar para intentar alcanzar el sol antes de que se esconda y poder decirle adiós. Esa niña que creía en las sirenas y soñaba con ser llamada a través de su canto angelical. El murmullo de las rotantes manecillas del reloj me devuelve a mi realidad, a la oscura habitación repleta de equipos médicos y líquidos que fluyen continuamente por mis venas. Abro los ojos y veo la hora: son las 3:11 de la madrugada. En menos de una hora entrará una enfermera y me inyectará más fluidos extraños que me mantienen con vida.

La interacción con las enfermeras siempre es muy corta. Entran a mi habitación solamente a realizar su trabajo y salen en menos de 5 minutos. Son como unas sombras que aparecen fugazmente de las tinieblas y fugazmente se vuelven a esconder. No dejan nada fuera de su lugar, tampoco hacen ningún ruido ni preguntas ajenas a mi salud o a mi conformidad con los tubos que me están introduciendo por un agujero, ya hecho en mi mano, a una velocidad inexplicable. Creo que el motivo de su distanciamiento se debe al miedo que les produce preguntar sobre mi "condición". Quizás temen hablar de un tema sensible que les provoque incomodidad o quizás no quieren generarme tristeza y dolor. En realidad, entiendo su comportamiento hacia mí, porque ¿cómo entablas una conversación con una chica de 17 años que está a punto de morir? Si yo estuviese en su posición tampoco sabría cómo actuar ni que decir. Ni siquiera mis padres pueden estar

frente a mi cama sin borrar el desconsuelo que cubre sus ojos y abren así la tan fina brecha que da paso a sus lágrimas apagadas, ya casi vacías de tanto llorar.

Han pasado casi tres meses desde que el rumbo de mi vida cambió completamente y perdió su sentido habitual. Hace casi un año empecé a sentir un profundo dolor en mis rodillas, especialmente cuando hacía algún tipo de actividad física. Al principio pensé que era algo normal porque he sido atleta toda mi vida y había escuchado que el dolor en esta zona ocurría con frecuencia a corredores de largas distancias. Desde esa tarde tan colorida donde juraba ser una sirena persiguiendo a los últimos rayos del sol, supe que correr despertaba al sentimiento más puro y honesto que una niña podía proyectar desde su alma. Corría para despejarme de pensamientos complejos, de mis días grises y abrumadores. Corría para cantar la música que escuchaba a todo volumen con mis audífonos, ya dañados de tanto usarlos. Corría para ver el vuelo de las aves y convertirme en una de ellas, para sentir la majestuosidad del viento que traspasaba mi cuerpo y me hacía mucho más liviana. Pero también corría para huir de mis miedos, mis inseguridades y mis problemas. Corría para huir de mi realidad, la realidad de una adolescente que empezaba a conocer nuevas facetas del mundo que podían ser confusas y al mismo tiempo fascinantes. Se creaba una dualidad en mi mente que se alteraba mientras yo seguía creciendo y explorando sin dejar nunca de correr, mirando solo hacia adelante a pesar de a veces tropezar. Sin embargo, una tarde de agosto, cuando el clima empezaba a cambiar y el viento se percibía cada vez más, mi dolor se convirtió en algo insoportable. Sentí como mil cuchillas se incrustaron en mis rodillas y por primera vez, dejé de correr.

Fui detectada con osteosarcoma metastásico. La respuesta más irónica que puede escuchar una atleta es que mi metástasis se diseminó desde el hueso hasta mis pulmones. Mis pulmones eran los motores que me permitían correr, eran simplemente la fuente vital que me otorgaba vida. Ellos se encargaban de mi fortaleza y me entregaban la llave a la libertad, me hacían volar sin tener alas. Cada vez que se expandían para recibir altas cargas de oxígeno, paraba un segundo y ponía mi mano sobre mi pecho, sentía su rugiente poder y me quedaba atónita con su funcionamiento, ¿cómo podía ampliarse un órgano de esa manera? Florecían con cada paso que daba, cada suspiro que soltaba, cada risa que me acompañaba en las largas trayectorias que recorría mi cuerpo. Mis pulmones eran arte. Eran un lienzo tan complejo que se pintaba con las pinceladas

que soltaba el aire. Al escuchar las palabras cáncer, huesos, pulmones, en la misma oración, sufrí la más brusca contorsión, el quebranto más grande de mi ser. Por un breve instante dejé de respirar, mis manos empezaron a sudar y mi corazón quería abandonar mi cuerpo. Los médicos no trajeron noticias muy alentadoras, guardo en la memoria sus palabras como un estremecedor suspiro de muerte. "Le queda menos de un año de vida, lamentamos profundamente su pérdida" fue lo que les dijeron a mis padres tras finalizar el sinnúmero de exámenes que me realizaron. Recuerdo estar acostada en la cama del hospital mientras contemplaba la conversación a través de la ventana de cristal que me separaba del pasillo. A pesar de no poder oír el veredicto que iba a determinar mi futuro, pude ver cómo mi madre se quebraba y perdía todas las fuerzas que le quedaban en el cuerpo. Se dejó caer en los brazos de mi padre mientras un río de lágrimas brotaba de sus hermosos ojos marrones que, finalmente perdieron su brillo. En ese instante reconocí mi inquebrantable destino, muy pronto voy a morir.

La muerte siempre ha sido lo único certero que tiene el ser humano, naces, vives y mueres. Es el ciclo de la vida, un ciclo que conocemos a la perfección, pero sigue siendo un ciclo que tememos que llegue a su final. Nunca le había tenido miedo a la muerte porque sé que es un proceso natural por el que en algún momento iba a tener que atravesar. No obstante, jamás imaginé que mi ciclo sería tan corto. Un millón de pensamientos atacaron mi cabeza. Vi mi breve vida pasar por mis ojos sin pestañear ni una sola vez. Intenté recordar cada segundo de mi vida, para poder apreciarla en su máxima expresión, para poder vivirla una última vez desde cero. Recordé otro momento de mi infancia, tal vez porque aquellos estuvieron salpicados de magia y los guardé en un lugar muy especial de mi corazón. Se trataba de una historia que narraba mi madre sobre las hadas. Sin duda, ella fue quien me adentró en un mundo repleto de fantasías en el que fui realmente feliz. Con su voz llena de ternura, me sentó una tarde en el jardín de mi casa, junto a una familia de dientes de león. Me contó cómo se habían creado las hadas que me visitaban cada mañana por mi ventana. Al soplar cada semilla de la flor, estaba liberando un hada que pronto nacería al tocar nuevamente la tierra. Quizás mi memoria me trae estos recuerdos para mostrarme que, aunque mi vida se acabará en poco tiempo, supe apreciar cada momento de ella.

A menudo me pregunto qué habría pasado si hubiese tenido la oportunidad de vivir un poco más, porque antes de enterarme que padecía cáncer mi única preocupación era qué

hacer después de graduarme del colegio. Estaba muy ilusionada por empezar una nueva etapa de mi vida con la certeza de que por fin empezaría a vivir, lograría cosas por méritos propios y marcaría mi huella en el mundo. Siempre me he considerado una persona idealista, estaba convencida de que el mundo podía ser un lugar mejor, que podíamos salvar nuestro planeta si todos trabajábamos juntos, que había bondad en todos los corazones. Estaba tan entusiasmada por dar forma a mi futuro que dejé apartado a mi presente hasta el instante en que me dijeron que mi futuro se acabaría a la misma velocidad que la llama de un fósforo que se está agotando y empieza a quemar los dedos. Me quedé estancada en un pensamiento, no entendía por qué siempre decía que después de cumplir mis 18 años dando paso a mi vida de adulta, recién iba a comenzar a vivir. Pasé por alto los 17 años que ya he vivido y aunque no he completado la larga lista de una idealista, no significa que este tiempo ha sido en vano. Aunque mis logros fueron más pequeños, más insignificantes, ahora entiendo que el simple hecho de tener un corazón que no deja de latir ya era mérito suficiente con el que tenía que haberme sentido orgullosa. Es verdad que hay muchas cosas que no voy a lograr experimentar, tantos lugares que quise conocer, tantas personas que deseé ayudar, tantos planes que no alcanzaré a realizar. Pero también es verdad que he tenido una vida muy especial a la que pronto tendré que decir adiós.

Ahora paso días enteros tendida en una cama sin tener mucho que hacer porque hasta caminar por el pasillo afuera de mi habitación, es más difícil que correr una maratón. Mi respiración es entrecortada y la fuerza con la que mis pulmones solían expandirse casi ha desaparecido por completo. El canto del viento se ha convertido en una interminable tos y mis huesos ahora hechos de cristal, no me pueden transportar. Aunque mi nuevo hogar son cuatro paredes que se cierran en un espacio de 14 metros cuadrados, he encontrado una especie de paz para poder decir adiós. El proceso de despedida a la vida no cuenta con instrucciones y es diferente para cada persona. Aprovechando mi inagotable tiempo libre y el sin fin de nuevos descubrimientos sobre mi corta existencia, he embarcado en este viaje. Siempre conté con dos opciones ante la noticia de mi muerte: Podía hundirme en un hoyo oscuro y sin escapatoria o podía tomar esta oportunidad para entender y agradecer la vida que fui otorgada. En un principio, me dejé caer en un hoyo tan solitario, lleno de ira, tristeza e injusticia. No podía creer lo que me estaba pasando, no quería aceptar que mi alma estaba empezando a dejar mi cuerpo terrenal. Tenía tanto en mi camino, tantas aventuras y enseñanzas, tenía planes para

escribir mi historia. Mi realidad era otra. Me di cuenta de que no había poder alguno que podía ayudarme a cambiar mi suerte, la tinta con la que escribía se agotó y mi libro está llegando a su final. Después de procesar que mi realidad es esta, aceptar que tengo cáncer y que voy a morir, he decidido culminar las últimas páginas de mi historia con agradecimientos a mi efímera vida y poder darle una digna despedida.

Gracias vida por haberme dado la oportunidad de sentirte con cada uno de mis sentidos, por mostrarme tu belleza tan imponente y acompañarme dándome la mano. Gracias vida por otorgarme cada risa y cada llanto, cada suspiro y cada aliento. Gracias vida por entregarme una voz tan fuerte con la que pude cantar, conversar y gritar al defender las injusticias del mundo. Gracias por darme el regalo de un cuerpo, que por 17 años estuvo sano, que me enseñó a bailar y a correr. Gracias vida por darme un corazón sensible, valiente y noble, un corazón que aprendió a amar incondicionalmente, un corazón maravillado con las mariposas, las risas de los bebés y el cariño de las personas. Gracias vida por dejarme escuchar el sonido de la lluvia y tocar el agua con la punta de mi lengua. Gracias vida por enseñarme que la magia existe en la imaginación de nuestras mentes, que las nubes se transforman y que al final del arcoíris hay un mundo de golosinas. Gracias vida por rodearme de personas maravillosas de las que aprendí tanto y a quienes dejo por siempre un pedazo de mi ser. Me despido de ti completamente agradecida y orgullosa de la persona que logré ser en mi pequeño mundo. Siento que la mejor manera de despedirme es con una última historia que me contó mi madre.

Cuando era mucho más pequeña le pregunté a mi madre que pasaba con las personas que dejaban nuestra tierra, las personas que nos decían adiós y emprendían el viaje de la muerte. Ella con su dulce sonrisa me respondió: “Mi amor, las personas que nos dejan se convierten en estrellas porque su brillo es tan grande que se puede observar desde el cielo”. Esa misma noche nos acostamos en el jardín a ver las estrellas y recordar a nuestros seres queridos que habían muerto y ahora eran estrellas. Fue un momento hermoso que me marcó por siempre. Vida, estás por terminar, pero sé que esta despedida no es permanente porque me convertiré en una estrella que siempre brillará. Dejaré mi estancia terrenal para transformarme en una parte del universo, estaré en un conjunto de estrellas observando desde lo más alto a lo que un día fue mi hogar. Mi despedida termina con magia, magia que no podré demostrar, pero en la que decido

creer. Desde niña creí en ella y en mis últimos suspiros también me acompañará. Cierro mis ojos.

Seudónimo: G.C.